

# REVISTA NACIONAL

DE

## LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 25 de Noviembre de 1897

Número 60

### REDACCION:

Daniel Martínez Vigil.  
Victor Pérez Pettit.  
Carlos Martínez Vigil.  
José Enrique Rodó.

### APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

#### PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Capital, por mes . . . . .	\$ 0.40
En ciudades . . . . .	0.50
En el exterior . . . . .	0.70
Número suelto . . . . .	0.30

#### CENTROS DE SUSCRIPCION:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Anzueta.—"El Anticuario"—Joya Literaria, de Cuspineria, Teix y C.<sup>a</sup>

#### ADMINISTRACION:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

NUMARIO:—SEPTENTRIONARIO, por Adolfo Valderrama — De Barro, AVALANZA — BATAJOS DE PUNA, por Víctor Pérez Pettit — ACACUAYAS por Víctor Pérez Pettit — EL RESTAURANTE DE ANTONIO, por Juan B. Acevedo y José Joaquín Obispo, por Luis Berisso — VIVOS SACRIFICIOS, por Heriberto López — DOS ASESINOS, por Ramón B. Liguori — VERANO, por José Pardo — TORTILLAS DE BARRO, por Víctor Pérez Pettit — ESCUDOS CROCIATALES, DOBLES LABORES DE BARRO, por Selimbrino E. Pereda — RAÍCES, por Tomás O'Connor de Aráoz — "La Vota Nueva", por José L. Omsenors — UN DIABLO ACOLITADO, por Hermelindo G. Núñez — FUECOS SOCIOLOGICOS, por Pedro G. Miranda — "FORMAS SOCIOLOGICAS" — NOTAS BIBLIOGRAFICAS — SCRIBITOS.

## SEXDIGITARIO

A mi hijo Julio Adolfo.

Allá, por los años de 1822, había cerca de Montpellier (Francia) un pueblito edificado al pie de una colina y que tendría de diez á doce mil habitantes.

Reinaba en aquel pequeño pueblo una paz y una tranquilidad de que no gozaran las ciudades populosas.

Por lo mismo que estaba cerca de Montpellier, en donde tenía asiento el célebre Escuela de Medicina que ilustraron los nombres de Bartheu, Delpech y Lallemand, por lo mismo, decimos, el pueblito progresaba poco y la gente vivía en aquel estado patriarcal que tanto contribuye á la conservación de la salud y á la paz y serenidad del alma.

Cada propietario trabajaba allí en las faenas de la agricultura, y el producto de la tierra llevaba á los hogares, rellenoando los graneros y pintando la cara de los habitantes con los frescos colores de la salud.

Si bien en aquel pequeño pueblo no ha-

bían penetrado todavía los refinamientos de las costumbres, y sus moradores no se habían cuervado con los tibios placeres de los otros pueblos del continente europeo, lo que es en materia administrativa estaban á la altura de ese gran pedazo de la antigua Galia, que se llama Francia.

El resultado de esta existencia sencilla y pacífica se traducía en una carencia casi completa de enfermedades y en una absoluta ociosidad de la diosa Temis, que no tenía pleitos que desesumaráran, ni derechos negados que restablecer. Los problemas agrícolas, algunas particiones que hacer, algunos resfriados que curar, eran las grandes cuestiones que había que resolver en aquel hucido pueblo donde parecían haber sentado sus reales el bienestar y la dicha.

Estos pocos problemas que acabamos de mencionar, que y aunque fáciles, era absolutamente preciso resolver, se entregaban para su resolución á un joven francés de nacimiento, pero de origen italiano, llamado *Agustín Roviglia*.

Era de treinta años de edad, alto y bien formado, moreno, de cabellos negros como el ébano, de frente espaciosa, ojos pardos, nariz aguilada, boca grande, pero graciosa, formada por labios gruesos, cara oval y una expresión de simpática tristeza.

Roviglia era una persona que no había seguido una profesión especial; pero era un hombre sumamente ilustrado, que sabía tres ó cuatro lenguas vivas, que había estudiado seriamente las ciencias naturales y matemáticas, que sabía la física, la química y la mineralogía. Si se agrega á estas noticias un talento nativo que le hacía ver con la más perfecta claridad cuanta dificultad se presentaba á su espíritu, se tendrá una idea más ó menos completa del personaje que ha de tener, primer papel en el desarrollo de la presente historia.

Este hombre, á cuyas prendas intelectuales es preciso agregar una bondad incomparable, era en aquel pequeño pueblo el paño de lágrimas de todo el mundo. Una máquina que se descomponía, un niño que tenía la *coqueluche*, un pobre trabajador que se había roto un hueso, una cuestión de aguas, todo se llevaba á Roviglia con la más profunda convicción de que componía la máquina, curaría la tos convulsiva, pondría el hueso en su lugar y haría justicia como juez integérrimo.

Había en el pueblo á que nos referimos una señora bastante joven todavía y muy hermosa, en cuya casa vivía Roviglia como arrendatario. Se decía en el pueblo que la dama mencionada tenía un origen bastante nobilitado, como decían que era viuda y otras que era soltera, que se había fugado de un convento de la América del Sur y que había ido á sepultarse en aquel pueblito para

terminar su vida en paz y tranquilidad; no faltaba quien se aventurara á decir que en la vida de aquella mujer había un crimen horroroso que nadie había podido descubrir en todos sus detalles.

Esa mujer se llamaba Luisa Bayer; tenía veinticuatro años de edad y era de singular hermosura; había comprado en el pueblito una quitita y hacía dos años que vivía en ella, guardando en sus relaciones la mayor circunspección y no visitando sino á muy pocas personas y sólo de tarde en tarde.

Hacia año y medio que Roviglia había arrendado un departamento en casa de la señora Bayer y se susurraba en el pueblo que Luisa se casaría con Roviglia; que sobre esto había datos que permitían conjeturar vehementemente, y en fin que el mismo Roviglia lo había dicho á uno de sus íntimos amigos.

Roviglia no sólo tenía sus trabajos en el pueblo, sino que muchos lugares circunvecinos lo ocupaban, sea para hacer una mensura, sea para hacer alguna partición. Cuando tal cosa se ocurría, Roviglia tomaba la diligencia y se ausentaba por ocho ó diez días, hasta que terminaba su trabajo y volvía al pueblito en donde tenía su casa. Un día fué llamado de uno de los pueblitos circunvecinos y tuvo que ausentarse por algunos días. Mientras él estuvo ausente, llegó á casa de Luisa Bayer un hombre á quien nadie conocía en el pueblo; pero á quien Luisa acogió con mucha amabilidad, á quien alojó en su quitita y de quien decía que era un antiguo amigo de su familia.

Ese hombre, que tendría cuarenta años, era de pequeña estatura; pero bastante voluminoso; fuerte, bien musculado y con una cabeza pequeña y bastante aplastada sobre la frente. Se llamaba Juan Finet.

La llegada de este individuo á casa de la Bayer produjo en el pueblo nuevos cuchicheos y nuevos rumores. Muchas vecinas miraban como impropio que recibiera á un hombre en su casa, como alojado, una mujer que tenía comenidos con Roviglia; otros decían que tal vez no había tales compromisos y que este hombre sería algún antiguo amante de la Bayer; en fin no faltaba quien dijera que este era un asunto arreglado de antemano y que la de Roviglia no pasaba de ser una historia inventada por la gente desocupada.

Entre tanto, hacía ya bastante tiempo que Roviglia había salido del pueblo, para un asunto de poca importancia, y no volvió y pronto se dio en el pueblo una gente que se decía que era un antiguo amigo de su familia, que se había fugado de un convento de la América del Sur y que había ido á sepultarse en aquel pueblito para

(1) Que tiene sesé dedos en sus manos.

Ya no sólo pasaron los meses sino los años, y una noche apareció iluminada la casa de la Bayer. Aquella noche se casaba con Juan Finet la que el pueblo imaginaba enamorada de Roviglia. Después de algunos meses Luisa Bayer vendió su quinta y fué a vivir, con su esposo, en otro punto del pueblo, en donde arredaron una casa menos buena y menos espaciosa que la quinta vendida.

Poco a poco la pareja matrimonial fué perdiendo algo de aquella circunspección y retraimiento de los primeros tiempos y fué aumentando sus relaciones en el pueblo.

Parecía sonreírse la fortuna, y yo no sé qué vientos de prosperidad soplaban a los felices esposos; parecía que habían tomado á pecho divertirse, y apenas pasaba una semana en que no tuvieran una gran comida ó un paseo á los alrededores del pueblo, comidas y paseos á que nunca faltaban las personas principales de la localidad.

Y entre tanto, así es el corazón humano, la memoria de Roviglia, de aquel hombre que tanto había servido al pueblo en general y á cada uno de sus habitantes en particular, apenas si se recordaba por algunas personas y ya iba cayendo en el más completo olvido.

¿Qué había sido de él? ¿En dónde estaba? ¿Había muerto? ¿Había dicho adiós á su pequeño pueblo, donde hacía tanto bien, para buscar un teatro más ancho en que poder lucir sus talentos y su bondad? Nadie podía responder á estas preguntas, y lo que es más triste todavía, nadie se preocupaba de buscar datos para poder responder á ellas. Hacía siete años que Roviglia estaba ausente. La casa quinta en que vivió antes de casarse Luisa Bayer, había pasado á otras manos. Un rico propietario del lugar la había comprado y se preparaba para hacer en ella reparaciones de la mayor importancia.

En una de las excavaciones que hubo que hacer en el jardín, con el fin de hacer una gran bodega, se halló un cráneo humano, é inmediatamente se suspendieron los trabajos y se dió parte á la autoridad, como se hace en todos los pueblos en que se tiene noticia de lo que es una investigación judicial.

La autoridad tomó las medidas necesarias para que nadie se acercara al lugar en que estaban haciéndose las excavaciones, y como no hubiera médico en el pueblo, se pidió un médico-legista á Montpellier con el fin de hacer las investigaciones que fueran necesarias para ilustrar al juez que debía entender en el asunto.

Mientras el juez se ocupaba en las investigaciones judiciales, en el pueblo se decían mil cosas sobre el cráneo encontrado en la casa de la Bayer; se decía, entre otras cosas, que aquel cráneo debía ser de algún querido que la Bayer había asesinado. Esta versión andaba en boca de las personas que nunca vieron á la Bayer con buenos ojos. Otras personas recordaron entonces el nombre de Roviglia y llegaron á decir que el cráneo encontrado en el jardín era suyo, que lo habían visto y que tenía con el finado una gran semejanza; que no había más que mirarle los dientes al cráneo, para ver que eran los mismos dientes de Roviglia. Estas y otras patrañas se decían en el pueblo con insis-

tencia; y el proceso nada adelantaba con estos dichos callejeros, forjados por la imaginación del vulgo. El juez no tenía datos que le permitieran obrar con actividad y se mantenía dentro de una razonable prudencia.

El médico-legista pedido á Montpellier había llegado; el juez le había pedido su informe, después de entregarle el sitio en que se había hallado el cráneo, con el fin de que se continuaran las excavaciones bajo su dirección inmediata.

El médico se puso á la obra, estando siempre en comunicación con el juez, para ayudarse mutuamente.

La insistencia con que se hablaba de Roviglia entre la gente del pueblo, impulsó al juez á investigar algunos puntos que podían servirle para el proceso.

Entre otros, el juez trató de saber: 1.º cuándo había salido del pueblo Roviglia, y 2.º si había ó no vuelto de su viaje.

Con este propósito tomó numerosas declaraciones á muchas personas del pueblo, declaraciones que no sólo le dieron la fecha exacta de la partida de Roviglia, sino que le indicaron á qué pueblo vecino había ido. Animado con el éxito de las declaraciones mencionadas, el juez tomó á pecho la investigación judicial y se trasladó en persona al pueblocito adonde decían que había ido Roviglia.

Allí tuvo bastantes dificultades, tratándose de un asunto que había tenido lugar siete años hacía; pero la actividad del juez y la bondad de Roviglia, que hacía que no se olvidase su memoria, hicieron posible la investigación. Algunas personas lo habían conocido y habían aprovechado de sus conocimientos, y como se espaciera la noticia de que el juez buscaba datos sobre la estada de Roviglia en aquella localidad, no faltó quien dijera que el panadero del pueblo era muy amigo de Roviglia, que siempre lo ocupaba y que habían mantenido estrechas relaciones.

El juez llamó al panadero, y después de una entrevista con él, supo que era cierto lo que se decía de sus estrechas relaciones con Roviglia, que lo había ocupado muchas veces y que creía que conservaba entre sus papeles algunos recibos que llevaban su firma y que se referían á pagos hechos á Roviglia por trabajos en la panadería. El juez pidió esos recibos al honrado panadero, que los trajo al día siguiente.

Entre los tres recibos que el juez examinó, dos de ellos eran de fechas atrasadas al último viaje de Roviglia; pero el tercero tenía una fecha que correspondía perfectamente al viaje. El recibo había sido firmado cinco días después del día en que Roviglia había salido de su pueblo, en el mismo mes del mismo año, y se podía conjeturar que aquellos cinco días eran los que Roviglia necesitó para terminar los trabajos que el panadero le había encomendado. Dada la fecha en que Roviglia había hecho su último viaje y el recibo firmado cinco días después, no cabía duda de que aquel recibo había sido hecho en el último viaje.

Pero era el primero declarado que se Roviglia había cometido la diligencia para volver á su pueblo, que el mismo había ido á ocuparlo, hasta verlo partir. Este era

un dato de importancia: Roviglia había vuelto á su pueblo.

Mientras el juez se ocupaba en estas investigaciones, el médico había exhumado el cadáver de la quinta, que al parecer había sido enterrado vestido, porque conservaba sus botas. El médico-legista extrajo el esqueleto, que era lo que había, después de quien sabe cuántos años de permanencia debajo de la tierra. Este trabajo hecho por el médico se hizo con la mayor escrupulosidad; el esqueleto fué armado y limpiado con un cuidado infinito, como debe hacerse en tales casos, y cuando se hubo hecho este trabajo, el doctor empezó el estudio del esqueleto.

Pero dejemos al doctor en el cumplimiento de sus deberes, y volvamos al juez, que tenía vivos deseos de volver de su excursión investigadora.

Terminadas las diligencias con el panadero, el juez volvió á su juzgado y continuó allí sus trabajos, llamando á declarar á todas las personas que hubieran tenido relaciones con Roviglia. Omitimos todas las declaraciones que tuvieron resultado negativo, que fueron muchas; pero haremos mención de dos que tienen cierta importancia.

Un hombre que guardaba cabras en la colina á cuyo pie está edificado el pueblo, dice que hace poco más ó menos, siete años, en una noche de luna, pudo ver en la dirección de la quinta de la Bayer una especie de lucha en un jardín; declara que en aquella lucha había una mujer, después, . . . un hombre cayó, y ya no vió más.

Pero la declaración de verdadero interés es la del zapatero de Roviglia, que dice que le hacía calzados desde que llegó al pueblo y que conservaba todavía en su zapatería las hormas especiales que le había mandado hacer, porque el señor Roviglia tenía seis dedos en cada pie, es decir, era *sexdigitario*.

El juez había hecho sus investigaciones en la mayor reserva posible y el médico no había dicho una palabra del resultado de las suyas. Sin embargo, estaban al habla y ambos se comunicaban todo lo que con el proceso tenía relación.

Era evidente que después de la declaración del zapatero de Roviglia, el informe médico-legal sobre el esqueleto encontrado en la antigua quinta de la Bayer, dominaba toda la situación. Si el esqueleto era *sexdigitario*, casi no cabía duda de que aquel era el esqueleto de Roviglia, porque no se encuentran *sexdigitarios* á cada paso y aquella sería una coincidencia rarísima, inverosímil. Si el esqueleto no era *sexdigitario*, todas las investigaciones quedaban sin ningún valor.

En el primer caso, es decir, si el informe médico-legal confirmaba la declaración del zapatero, recaían vehementes sospechas sobre la Bayer y su esposo, y era preciso *detturarlos*; en el caso contrario, la exhumación era un hecho aislado, casual, en el cual no se divisaba un culpable.

El juez esperaba con impaciencia el informe del facultativo.

No es cosa fácil declarar si un esqueleto es ó no *sexdigitario*. El señor doctor, que es el que constituye la determinación, es rudimentario y formado casi exclusivamente de tejidos

blandos; así es que este dedo casi no tiene esqueleto; está colocado sobre una superficie áspera ligeramente levantada, que puede destruirse fácilmente por el frote con otro cuerpo duro. El doctor vaciló en un principio, y sólo después de concienzudos estudios y de comparaciones con los pies normales, que iba á estudiar al ceneritero del lugar, llegó á formarse la convicción: de que el esqueleto era *sexdigitario*.

Una vez que adquirió esta convicción, trasmitió al juez su opinión con entera franqueza, antes de escribir su informe. Por lo demás, el informe versaba sobre dos puntos, á saber: una fractura de la parte posterior y lateral del cráneo hecha con un instrumento contundente, y el vicio de conformación de los dedos supernumerarios. El informe autorizaba al juez para prender á la Bayer y su esposo, y al día siguiente fueron reducidos á prisión, en medio del asombro de todo el pueblo, que no comprendía qué razones podía haber, para arrastrar á la cárcel á los felices esposos.

El médico-legista presentó su informe, acompañado del esqueleto perfectamente armado y limpio, y el juez empezó á tomar declaraciones á los presuntos culpables. La presencia del esqueleto en la sala del juzgado, produjo en el espíritu de Luisa Bayer la impresión más profunda y la hizo exclamar á pesar suyo: ¡Roviglia! En vano su marido intentó tranquilizarla, haciendo creer que la impresión producida por la vista del esqueleto, le hacía perder la razón. Todo fué inútil. La Bayer, estrechada por el magistrado y arrastrada por su propio remordimiento, declaró la verdad y confesó al fin delante del juez que ella y su esposo, habían asesinado á Roviglia.

En la noche misma en que volvía de su último viaje su marido, había dado á Roviglia un golpe detrás de la cabeza con el cañón de una escopeta y lo habían enterrado vestido en el jardín de la quinta.

Cuando la noticia de esta declaración se extendió por el pueblo, hubo una consternación general, y los que nunca miraron con buenos ojos á la Bayer, y los que habían ahínvado, en el cráneo exhumado en la quinta, la cabeza del inteligente Roviglia, se vanagloriaban de haber sido los primeros en reconocer en aquel matrimonio forastero los signos de la criminalidad.

¿Cuáles fueron los móviles que impulsaron á Luisa Bayer á cometer aquel horroroso crimen? ¿Cómo Juan Finet llegó hasta hacerse actor en aquel sangriento drama? ¿Era verdad que la Bayer amaba á Roviglia hasta haberse comprometido con él? ¿Se arrepintió y tuvo miedo á las iras de su prometido? Parece indudable que Luisa Bayer amaba á Roviglia; mas como éste no se diera prisa en casarse con ella, y como la llegada de Finet al pueblo hubiera despertado en el alma de Luisa recuerdos vivos de un amor no extinguido, los antiguos amantes creyeron que el camino más corto para llegar á la realización de sus deseos, era quitar del medio á Roviglia, cuya presencia habría sido para la inconstante Luisa un *vestigo* impertinente y un acusador permanente.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que, el proceso terminado, quedaba establecido

claramente que los dos cónyuges eran los autores del asesinato de Roviglia.

El 15 de enero de 1830 Luisa Bayer y su marido, Juan Finet, fueron guillotinados.

ADOLFO VALDERRAMA.

Santiago de Chile.

## DE RAFAEL ALTAMIRA

Oviedo, 2 de Noviembre de 1897.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Muy distinguido señor mío: tengo que agradecer á usted vivamente el obsequio que me hace con su folleto «La Vida Nueva» y la amabilidad de la dedicación que se ha servido escribir en él. Nada puede serme más grato. Hace años que por diferentes razones trabajo para estrechar las relaciones literarias entre los hispano-americanos y los españoles. Utilicé á este propósito, algún tiempo, el diario republicano de Madrid *La Justicia*, luego el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y para lo mismo he fundado y sostengo mi *Revista Crítica*.

Con usted particularmente, y con sus compañeros de esa capital, deseaba mucho ponerme al habla.—Mi amigo Leopoldo Alas me había puesto en antecedentes respecto de usted, antes de que yo directamente conociese algo de su obra literaria. Ahora, después de leer *La Vida Nueva*, confirmo el juicio de Clarín y el que yo mismo, por otros datos, había podido formar con aplicación colectiva al grupo de los jóvenes uruguayos.

Usted, que ha tenido la bondad de leer mis libros y conoce, por tanto, mis ideas, comprenderá cuán profundamente participo de su punto de vista en lo relativo á la *novela nueva*. No creo que ni el maestro D. Juan Valera, ni Emilia Pardo, que ahoraceró en la polémica con Reyes, estén en terreno firme. *No ven el problema*. Usted sí lo ve, y con una serenidad de juicio que se sobrepone hasta á los impulsos naturales del patriotismo y de la camaradería. Esta nota de la imparcialidad—que es, al cabo, para los inteligentes, la *sinceridad* misma—quizá es lo que me complace más en los escritos de usted, porque para mí lo primero en el crítico es ser sincero. Este es el camino sólido para hacer obra sólida, y así tiene que ser la *novela*.

En un libro mío de próxima publicación, en que he reunido diferentes trabajos de crítica histórica, política y literaria, verá Ud. la ampliación de estas razones y de este criterio, con algo que yo creo puede representar la fórmula (ó partes de ella) del espíritu nuevo. Mucho me complace que concuerden mis inducciones referentes á España y mis ideas personales con las de esa juventud culta y generosa.

Deseo que esta carta sea el comienzo de una relación intelectual estrecha entre nosotros. Pida de Ud. y de sus compañeros, para mi *Revista*, lo que sea necesario para que sea, cada vez más, un órgano central de comunicación entre los literatos y

eruditos de ambos continentes. Mi participación es que sea mi *Revista Crítica* tan útil á ustedes como de nosotros, en la esfera de su programa.

En esta Universidad, de la cual he sido nombrado catedrático por oposición, me tiene Ud. á sus órdenes, y quiero que Ud me comunique desde hoy como suyo amigo, amigo y S.

q. l. b. i. m.

RAFAEL ALTAMIRA.

## Baladas en prosa

### UN IDILIO

Bajo el follaje silencioso de los tilos,— he visto inclinarse sobre una tубerosa—pálida, como una novia de Ensueño,— un clavel mío orgulloso bajo su túnica escarlata.

Y he mirado á la tубerosa doblegar,— en un estremecimiento vago de placer,— y he visto que el clavel se deshojaba sobre ella, en lluvia—de color de púrpura.

Desde una próxima gloria—de glicinas, un mirlo malicioso—gorjeaba su canción picante,— mientras la tубerosa candida—enrojecía de pudor,— y el clavel pálido decía de orgullo bajo su túnica escarlata. . .

### EL LLANTO DE PSIQUIS

Un día brumoso en el camino de la montaña,— vestida toda de pétalos de lirio—encontré una Psiquis llorando—junto á un rosal marchito por la nieve.

Cada lágrima que caía sobre la roca—hacía brotar una flor blanca como el sueño—de una virgen enamorada de un astro;— y hubiérase creído que aquellas florecillas eran,— ellas mismas,—pequeños astros caídos de una lejana,—de una misteriosa constelación.

¡Oh, hermana mía!—¿por qué lloras? dije inclinándome hasta rozar con mi frente—herida por las ortigas del camino,— sus alas tenues de libélula—pasadas sobre un cuello de cisne.

Entonces, Psiquis, sin responderme,— y señalando un nido de alondras—deshojado por los huracanes de invierno.—seco sus lágrimas con una flor enferma—de aquel rosal marchito por la nieve. . .

### LA PRIMER VIOLETA

En la hora gorda del equinoccio,— los viejos árboles se estremecen,— y los árboles jóvenes se estremecen,— y los árboles amarillentos se estremecen,— con el gemido de la brisa,— sobre el rosal marchito por la escarcha.

Un ruiseñor solitario cantaba — sus tristezas en un claro del bosque, — y lentamente, como lágrimas infinitas — las estrellas fueron constelando el azul misterioso.

Sobre el rayo melancólico, — sobre el rayo más tenue — de la más remota constelación, — un gran querub desterrado del cielo — (cuyas alas herían las sombras — como espadas de diamante) — dejó caer de sus ojos negros, — de sus ojos tristes una lágrima azul: — y sobre el césped quemado — apareció húmeda de rocío, la primer violeta!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra, 1907.

## CURIOSO DOCUMENTO

CARTA DE MADAME DE SAINT-ANDRÉ AL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Luis I. de Borbon, príncipe de Condé, nacido en 1530, se distinguió por el pronto en la carrera de las armas; pero después de la muerte del rei Enrique II, que tuvo lugar el 10 de julio de 1559, algunos disgustos lo obligaron a entrar en el partido de los reformados, e se le acusó como promotor de la conspiración de Amboise, que tuvo lugar en 1560. Fué aprehendido i encarcelado en Orleans, asiento de la corte. Catalina de Médicis i los Guisais estaban furiosos contra él. Se le levantó proceso.

En el curso de este proceso madame de Saint-André, que habia manifestado siempre mucho interés por el príncipe, aunque le fuere vedado entrar a la cárcel, hizo llegar a sus manos la siguiente carta autobiográfica, en la que le incita a persistir en la negativa de su injerencia en la conspiración de Amboise. Esta curiosísima carta está testualmente concebida en los siguientes términos:

Croyez moi, prince, préparez-vous à la mort: aussi bien vous sied-il mal de vous défendre. Qui veut vous perdre est ami de l'Etat. On ne peut rien voir de plus coupable que vous. Ceux qui ont osé vous accuser méritoient la mort qu'on prépare; votre seule mérite vous a fait des ennemis, qui causent votre disgrâce. N'iez que vous ayez en aucune part a la conjuration d'Amboise; il n'est pas possible de vous en convaincre; a dieu.

Lo que traducido al castellano, da lo siguiente:

Credme, príncipe, preparaos a defenderos. El que quiere perderos es mas culpable que vos. Aquellos que os han vubito tan criminal eran sobornados. Tomo demasiado interes por vuestra vida para querer callaros un secreto tan grande. Los criminales que se han atrevido a acusaros merecian la muerte que se os prepara; solo vuestro mérito os ha acarreado enemigos, los que causan vuestra desgracia. Negad que hayais tenido parte alguna en la conjuración de Amboise. No es posible convencerlos de ello; a dios.

El proceso continuó, i, no habiéndose probado nada, se solicitó la gracia del príncipe, la que le fué acordada por el rei Carlos IX a su adelantamiento.

FELIX P. DEL SOLAR.

Santiago de Chile.

He aquí ahora la traducción española:

Credme, príncipe, preparaos a la muerte, porque os sentaria mal defenderos. El que quiere perderos es amigo del Estado. No se puede ver nada mas culpable que vos. Aquellos que, llevados de un verdadero celo por el rei, os han hecho aparecer tan criminal, eran jentes honradas, incapaces de ser sobornados. Tomo demasiado interes por todo el mal que habéis hecho en vuestra vida para querer callaros que vuestra sentencia de muerte no es ya un secreto tan grande. Los criminales, pues que así llamais a aquellos que se han atrevido a acusaros, merecian una recompensa tan justa como vos la muerte que se os prepara. Solo vuestro capricho os persuade de que solo vuestro mérito os ha acarreado enemigos i que no son vuestros crimenes los que causan vuestra desgracia. Negad con vuestro cinismo acostumbrado que hayais tenido parte alguna en todos los criminales proyectos de la conjuración de Amboise. No es, como lo habéis imaginado, imposible convencerlos de ello; a todo evento, encomendaos a Dios.

Para tener el verdadero sentido de esta carta, es preciso leer solamente el primero, tercero, quinto, sétimo renglon, etc., e entonces se obtendrá el siguiente, diametralmente opuesto al anterior:

Croyez moi, prince, préparez-vous a vous défendre; qui veut vous perdre est plus coupable que vous. Ceux qui ont osé vous accuser méritoient la mort qu'on prépare; votre seule mérite vous a fait des ennemis, qui causent votre disgrâce. N'iez que vous ayez en aucune part a la conjuration d'Amboise; il n'est pas possible de vous en convaincre; a dieu.

Lo que traducido al castellano, da lo siguiente:

Credme, príncipe, preparaos a defenderos. El que quiere perderos es mas culpable que vos. Aquellos que os han vubito tan criminal eran sobornados. Tomo demasiado interes por vuestra vida para querer callaros un secreto tan grande. Los criminales que se han atrevido a acusaros merecian la muerte que se os prepara; solo vuestro mérito os ha acarreado enemigos, los que causan vuestra desgracia. Negad que hayais tenido parte alguna en la conjuración de Amboise. No es posible convencerlos de ello; a dios.

El proceso continuó, i, no habiéndose probado nada, se solicitó la gracia del príncipe, la que le fué acordada por el rei Carlos IX a su adelantamiento.

FELIX P. DEL SOLAR.

Santiago de Chile.

## ACUARELAS

## LA DESESPERACIÓN DE LULÚ

... L'enfant malade et donne tout espoir...

I

Lulú siempre ríe. Su boca diminuta, con dos pétalos de amapola, se entreabre á la aurora de la alegría mostrando dos hiléricas de gotas de rocío; luego una carcajada argentina, fresca y suave, vibra en su garganta y enciende con el más suave color de rosa sus preciosas mejillas. Sus ojos, como diamantes negros, ríen continuamente con reflejos azules.

El placer sólo existe para la delicada Lulú. Su corazón late tan sólo á impulsos de la alegría, y el calor de su pecho es el amor de las vírgenes tropicales. Sus manos pequeñas baten palmas continuamente; y todo su cuerpo, deslumbrante de blancura, es un himno de pasión y de alegría.

La suerte adversa y el dolor no existen para la bella Lulú. Todos los días de su vida, todas las horas, todos los instantes son para ella relámpagos de amor, notas de pasión, juguetonas y rientes, colores tibios de una aurora deslumbrante. La tristeza no puede herir la querida niña, y si alguna vez se le ha presentado, ha huido muy pronto avergonzada de haber atentado contra aquella sonrisa de Venus.

Para Lulú son todas las horas de calma y de placer para ella todas las distinciones y favores de una cohorte inmensa de amantes; las mujeres le envidian; las flores, avergonzadas de verla más bella que ellas, se marchitan sobre sus troncos de esmeralda; y para besarla en los labios, el sol funde todo su oro en un solo rayo, que llega temblando, como con miedo de mancharla.

Lulú siempre ríe. Su corazóncito no cesó un instante de latir el día que perdió su primer amor; su cabeza jamás se inclinó pensativa herida por una venganza de la envidia; su vanidad no se sintió humillada el día en que un amante desdeñado cometió — ¡horror! — el crimen inaudito de decir que Lulú no era cariñosa. El día en que perdió un aderezo de brillantes, ni una nube obscureció su frente.

Lulú tenía un giguero al que quería con locura. Era, tal vez, su única pasión. Dábale de comer el alpiliste sobre sus labios, y hubiera preferido su propia muerte á la de la linda avechilla. Un día, Micifuz, el gato negro, saltó sobre el pajarito y le dió muerte. Pues bien, ese día Lulú no estuvo triste; antes por lo contrario, tuvo un grandioso acceso de risa cuando vió huir de ella al asesino, que creyó se le iba á castigar.

Una amiga, y amiga de la infancia, la que más favores le debía, le mostró una vez y huyó con el amante que adoraba Lulú; y al saberlo ésta, no pudo contener su alegría, pensando que si habia habido aquella mujer, era por temor a ella.

Otra vez corrióse el rumor horrible de que la sencilla Lulú se embriagaba en las cenas con champagne, y al llegar la nueva á

oídos de la pequeñita hada, al imaginarse la figura que tendría ebria, la acometió tan fuerte risa que su doncella creyó por un instante que iba á enfermar.

II

Un día Violeta vió entrar á su amiga Lulú toda llorosa y con las mejillas de nieve empapadas por las lágrimas. Violeta, la preciosa Violeta, sintió que toda la sangre se le agolpaba en el corazón.

¿Cómo? ¿Era realmente aquella su buena amiga la que estaba así tan afegida? ¿Era aquella delicada hada que vertía juventud y alegría á su alrededor la que ahora tenía entre sus brazos y sentía estrecharse con sus sollozos? ¿Aquella era Lulú, Lulú la bella, la adorada, la riente niña?

Algo horrible debía haberle pasado. Violeta no encontraba palabras para consolarla, y toda estremeada, atemorizada por aquel acontecimiento, no hallaba un medio para consolar su buena amiga.

— Pero, Lulú, sé razonable. ¿No llores así... Vamos, dime qué tienes... Tú sabes que te quiero, que soy tu única amiga. ¿Qué ha podido comoverte de ese modo?

Y como Lulú siguiera sollozando sin darle una respuesta, continuó la fiel amiga: — Y como Lulú siguiera sollozando sin darle una respuesta, continuó la fiel amiga: — Vamos á ver, querida mía. Es necesario ser razonable. Confíame tu dolor para compartirlo. ¿Has perdido á tu Roberto tan amado? —

— No, no, — hizo la cabecita de Lulú. — ¿Has perdido toda tu fortuna? ¿Se te ha injuriado públicamente? ¿Ha muerto tu... madre? —

— No, no — seguía haciendo la bella cabeza de la joven.

Violeta entonces se enojó. ¿Qué podría tener Lulú que la asfixiara más que la pérdida de un amante adorado, de una fortuna considerable, de su dignidad de mujer, de una madre, que es el ser más querido? Aquello era para concluirle la paciencia á un santo.

— Lulú — dijo Violeta — á ver, niña... levanta esa cabeza — dime lo que tienes, ó me resiento contigo... —

Y haciendo su voz más amable, más dulce, casi confidencial, prosiguió:

— ¿A su Violeta querida no le dice Lulú qué tiene? —

Entonces la pobre llorosa levantó sus ojos enrojecidos y perfundados de lágrimas, y con un sollozo inmenso que la ahogaba; entrecortada la voz, murmuró:

— Anoche... estuve en el baile... de... —

— ¿Y bien? —

— Fue con Roberto... —

— ¿Y el miserable festejó á otra? —

— ¡Yo celosa! — exclamó Lulú casi á punto de lanzar una carcajada.

— Pues entonces... —

— Yo iba con un vestido blanco, y yo creí estar encantada; estaba pasando una de esas...

— ¡K...! — ¡mi Dios! yo me acuerdo de haberme... —

— ¿Y la pobre calamitada, estremeada por

aquel recuerdo, cayó ahogada en sollozos en los brazos de su amiga Violeta.

## INOCENTE!

Era una tibia noche de verano. Violeta, reclinada en su diván, tenía entrecerrados sus lindos ojos y jugaba, con mano distraída, con el lazo celeste que ceñía la cintura de su blanco peñador. Carlos, muy cerca de ella, sentado en una silla dorada, la miraba con adoración i respeto.

El calor aquel día habia quemado la tierra. Las hojas de los árboles desmayaron sobre sus pedúnculos y su color verde se acentuó á influjo de la savia enardecida. Los rayos de sol, horadando el follaje, fueron á quemar el pasto del suelo, dejándole de un color de oro. Hubo más vida y más amores. Las avechillas, en sus floridos niditos, desmayaron en arrullos perzados de placer; los insectos de caparazones de esmeralda, carmín y azul de Prusia, se revolcaron entre el césped mecido por una onda inmensa de amor y de alegría.

Las flores reventaron á una su cerrado broches, abrieron, enamoradas sus senos de perfumes y colores y se entregaron á una orgía de luz y de matices, cambiando sobre las alas de la brisa su polen ardoroso. Hasta los grandes y viejos árboles se sintieron acudidos por aquella enervante palpación de vida, y á la par de los voluptuosos narajones en flor y de los lujuriosos limoneros, embriagáronse de penetrantes perfumes y mezclaron, con una especie de frenesí, sus ramas, sus hojas y sus flores.

La tierra, abrasada, se fecundaba con los ardientes rayos del sol y, palpitante el seno, rasgábase como para recibir mejor aquel beso de fuego y de pasión. Y la vida adquirió toda su fuerza y gentileza, sacudiendo en toda una vibración de placer las aves y las flores, los insectos y la tierra.

En el prado, que vestía su más brillante túnica primaveral, se oía en la misteriosa hora de la siesta como un vago quejido de amor; besos brotados entre la sombra, entre un lirio y una caléndula; abrazos furtivos de las abejas de oro bajo las cortinas de gro de una amapola. Y un enervante olor de resaca y azahar vagaba por el ambiente, como quemado en un pebetero invisible por las moléculas ígneas del sol.

Y el estanque también rizó sus ondas transparentes, como para mezclar mejor sus perlas enamoradas, en tanto que bajo de ellas; rojos y plateados pecesillos volteaban veloces persiguiéndose los unos á los otros y cambiando en un rápido cenceleo toda la vida de sus amores. Y más abajo aún, allí en el mismo fondo, donde la arena engarza caprichosas y raras piedrecillas con nacaradas conchas y caracoles esmaltados, también impalpables ninfas y ovidias juguetonas celebraron su poético connubio, enebriando sus cabellos con musg y de terciopelo y perfumando sus labios con la fina esencia de los mariscos.

Ahora todo parecía reposar de aquel exceso de vida, como si se hubiera agotado la fuerza en las horas de la tarde. Una somnolencia vaga e indefinible se tendía sobre la

naturaleza, bajo la clara mirada de las estrellas. La luna cruzaba en calma el fondo azul del cielo, como una virgen pudorosa que marcha á su celeste lecho. El silencio habia succedido á la vibrante armonía de besos y arrullos que habia reinado durante el día en el jardín de Violeta.

Ella, la amante niña, sentía latir sus sienes, palpitar acelerado el corazón, estallar sus venas con las oleadas de su sangre. No sabia qué era aquello. Un sopor, una somnolencia, un éxtasis indefinible la retenía allí en el sofá. No habia lo que hacerle, ni lo que deseaba. Sus labios rojos no modulaban ni una sílaba; sus ojos encantadores continuaban entrecerrados, y apenas, de vez en cuando, los entreabría para envolver con indescriptible mirada al joven que estaba á su lado.

Carlos era casi un niño. Apenas dieciocho años; ligero bobo rubio sobre su labio de mujer; ojos azules, pudorosos, velados por bonitas pestañas. Acababa de salir de la Universidad, donde el estudio no habia hecho buenas migas con él y porque su posición social le excusaba de tener un título cualquiera. Habíale llevado un amigo á casa de la encantadora Violeta, y ésta, al par que despedía al otro, habia rogado á Carlos que se quedara para contarle sus años de estudiante. ¡Era tan buena ella! ¡Quería tanto á estos pobres chicos que se marchaban bajo la ficticia luz del quinqué durante las interminables noches de estudio! Les compadecía muchísimo; veía en ellos unos héroes, casi unos mártires. Y por oírle, no más, habia hecho quedar á Carlos. Luego; concluido que hubo el joven su relato, se sintió ella repentinamente indisputada. Él quiso ir por un médico; pero Violeta, con un adorable movimiento de su mano de nieve, lo detuvo, declarando que aquello pasaría muy pronto. Por eso habíase tendido en el diván.

Carlos no sabía ya qué decirle. Sentábase mal ante aquella mujer bonita que veía allí. No quería mirarla, y bajaba los ojos; pero siempre la perseguía la tentadora imagen. Al través de sus pestañas, como en un sueño, percibía su encantada cabecita ceñida de una aureola de finísimos cabellos; sus ojos entrecerrados, húmedos tal vez por la fiebre; su fresca boca apenas entreabierta para dejar pasar su acompasado aliento; y luego su busto escultural, aquel cuello de cisne, morbido y blanco, que iba á perderse en la sombra del descote con amplitud creciente, tornándose bajo el peñador con adorable ondulación...

La seductora imagen perseguía al joven y le mareaba. El perfume tenue y enervante que exhalaba aquel cuerpo que era de mujer, le oprimía la garganta e incendiaba su sangre en las venas.

Quiso levantarse para partir; ella le detuvo. ¿Dónde iba? ¿Se fastidiaba allí? Ah! ella estaba muy disgustada de no haberle agradado; de no haberle gustado nada. Y voz dulce y argentina temblaba en sus labios, extrínsecas manifestaciones de pasión, notas juguetonas y cariñosas de placer. Le habíala en voz baja, inclinada hacia él, estremecidas los labios, como si reventaran en besos con las flores en perfumes; inau-



Su laurel y su palma: Y tuyos son sus cánticos marciales. Recunda ¡oh Sol! la tierra, Y los muelles repara de la guerra. Da a nuestros campos frutos abundosos, Aunque niegues el brillo a los metales: Da navas a los puertos, Pueblos a los desiertos; A las armias victoriosa, Alas al genio y a las Musas gloria. Dios del Perú, sostén, salva, conforta El brazo que te vengas: No para nuevas lides sanguinosas Que miran con horror a niños y esposas...

El mérito, pues, de esta celebrada composición estriba en que, a la belleza de la versificación, del ritmo sonoro y del corte clásico, aquilata el de la reproducción más fiel y exacta de los hechos históricos. No ha sacrificado el argumento a la poesía, ni la forma al fondo: ha justado el uno a la otra, alcanzando así el fallo definitivo que le da la crítica severa del historiador y del hombre de letras.

Bolívar, al tener conocimiento de ese canto, dirigido a Olmedo dos extensas cartas — denunciadoras de una intelectualidad poderosa, — algunos de cuyos acápites creo oportuno reproducir: «Usted abraza la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mi forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el Águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que se rompió en sus miembros rasistreros. . . . Usted debió haber dejado reposar ese canto como el vino en fermentación, para encontrarlo fino, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que Vd., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño. A la naturaleza debe presidir a todas las reglas. También me permitirá usted que le observe que el genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco pesado y embrocado, que no le han permitido poner a buen fin que en su poema, a la reina Isabel y a usted, sino que Voltaire tema sus títulos a la inteligencia, y sin embargo no escapó a la crítica.

«La introducción del canto es rimbombante; es el rayo de Júpiter que parte a la tierra, a tronar a los Andes que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Iliada*: promete poco y da mucho.»

A las anteriores consideraciones críticas, contestó Olmedo con las siguientes levantas y arrogancias: «Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo. Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel. . . .

Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosa la derrota de un baladrón. El exabrupto de las odas de Píndaro al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio. «Quería usted también que yo buscara un modelo en el cantar de Enrique. ¿Qué tiene Enrique con usted? Aquel triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de ésar; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exoración pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovada*, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia.» (1)

La similitud que algunos escritores han notado en Andrade con Olmedo, se halla en la sonoridad del verso, en la amplitud de las imágenes y en la altura de los pensamientos, que parecen no hallaran en la tierra bastante teatro en que expandirlo, penetrando a veces en los abstractos y los metafísicos. Tomo al azar de sus poesías una estrófa en que fulgura la fantasía de Olmedo: «Como rayo entro nubes tormentosa Serpea fulminando, y velos huyes Vuelvo a brillar, la tempestad disipa. Y un esplendor al cielo restituye: Así la espada del invitó Flores Por entre los espesos escudadores Por entre las nubes de la guerra, A la luz de la victoria se levanta.

«Como rayo entro nubes tormentosa Serpea fulminando, y velos huyes Vuelvo a brillar, la tempestad disipa. Y un esplendor al cielo restituye: Así la espada del invitó Flores Por entre los espesos escudadores Por entre las nubes de la guerra, A la luz de la victoria se levanta.

José María Torres Carrillo — Estudios biográficos, París, 1903.

Otros, piedad clamando, se rindieron: Y a los que fuertes para huir, huyeron, Los alcanzó en su fuga la demencia.»

Recillas de partido, lidias de hermanos, que no debieran existir, hicieron correr de nuevo la sangre en los campos regados en la heroica conquista de las libertades, y Olmedo, que se había inspirado en aquella grande epopeya, cometió el imperdonable yerro de poetizar la guerra civil, escribiendo su canto *A Flores*, al recibirle del mando de la República; mereciendo por ese hecho, del historiador Restrepo, el anatema á que se hacía acreedor: «Befa y deshonor a los autores de los muertos en la guerra, porque esos no arrastran la cadena de la prisión por la sangrienta tierra.

«Eso dice el historiador de los revolucionarios, y Olmedo en su canto, lo que va á leerse: Leyes y patria y libertad proclamamos. Y ero, sagrado, poder. . . esas sus leyes, Esa es la libertad de que se llaman Incógnitos vengadores. . .

La contradicción entre ambos, como la ha hecho notar el ilustrado venezolano don José María Rojas, está visible. Pero lo cierto es que a medida que la figura de Flores se aleja en la perspectiva histórica y se apagan y confunden sus rasgos entre el tropel de hombres de su especie que produjo la América en el primer medio siglo de su independencia, la de Olmedo se agiganta.» (1)

Después de diez años de mando cayó el Gobierno del general Flores, del que formaba parte el poeta, y subió el nuevo régimen que desde aquella fecha ha sufrido transformaciones radicales con tiranos como García Moreno, de la liga de los *thirés*, que han sepultado al Ecuador en la banquerota y el descrédito, siendo inútiles los sacrificios de patriotas tan preclaros como Eloy Alfaro y Juan Montalvo, que han emigrado de su patria por las persecuciones tenaces de que eran objeto.

La significación poética de Olmedo es notable: él fué el iniciador del movimiento literario del Ecuador; sus poesías imprimieron un espíritu nuevo á los noveles poetas y una radical evolución hacia las ideas encarnadas en el principio democrático, lanzando el reto al rostro de los dictadores y el anatema tremendo á los conquistadores. Si no hubiese escrito otra composición que su canto *A la Victoria de Junín*, sería por sí sólo sobrado título para pasarlo á la posteridad. Tal es el juicio de los contemporáneos sobre José Joaquín Olmedo, prez y honra de la poesía ecuatoriana, y el Arte Divino, á cuyo soplo se realizaron los más grandes portentos y se transmiten los pueblos desde la antigüedad, de generación en generación.

C. Bailén. — *Prólogo de las Poesías de José Joaquín Olmedo*. — García Hermanos. — París.

bloqueados en esa forma sublime del pensamiento, sus leyendas, sus descubrimientos y sus ideales.

Buenos Aires. Luis BERRIÑO.

### VIVOS MUERTOS

Muertos no son los que en combate eterno se desprendieron del humano velo: son muertos los que llevan un infierno que empaña á el alma el resplandor de un cielo.

En esta vida de miserias llenas vivos están los muertos de la guerra, porque esos no arrastran la cadena de la prisión por la sangrienta tierra.

Los vivos son los muertos que en la tumba duermen el sueño de la eterna calma, donde la voz de la pasión no zumba, dando un aliento no descubre un alma.

Las almas que transitan por el mundo son ¡ay! las sombras de ilusiones muertas: son fantasmas que surgen del profundo y errantes ragan sin cesar é inciertas.

¡Ay de los muertos vivos cuyas huellas en este mundo miserable aun quedan! ¡Ay de los vivos muertos! Son estrellas que en los espacios invisibles vuelan!

Chile. HERIBERTO LÓPEZ.

### DOS SONETOS

Á veces nuestros labios como locas mariposas de amor se persiguen: los tuyos de los míos siempre hufan y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: *Me provocas los tuyos, Me amedrentas!* respondían, y aunque siempre á la fuga se atenían, las veces que fugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde, la que ella en el jardín llevando hasta el exceso, quisiste huir, mas por mi buena estrella en una rosa el faldellín fué preso, y que después besé la rosa aquella por haberme ayudado á darte un beso!

Bañada en la fatal melancolía do te sumió tu mal por mis amores me pediste una tarde las mejores rojas gardenias que en el huerto había.

Y cuando enamorado te traía, como una ofrenda á tu querer, me besabas huyeron enlazados tus colores con las sonrisas últimas del día.

Vencida á tu pesar, pálida y triste, las purpúreas flores recibiste, y cuando iba por culmar tus besos te hallé la amor y la muerte en la frente de una gardenia que en la vida me quedé.

MANUEL B. UGARTE. París, 1907.

## VERSOS

Á Emilio Berio.

Puesto que allá en lejanas y solitarias tierras, Has ido á hacer la vida de un píccado patriota, Serán que mis versos, amantes y sinceros, Sepan ¡oh caro amigo! consolar á tus nostalgias.

Falls de aquel que padece, huyendo del tumulto, Ostar de las delicias que otorga la campaña, Sofocar bajo los rancos fantásticos quimeras Y de los ríos frescos beber el agua clara.

Oh, Emilio, no te quejes, si allá en las soledades No llegan los aplausos, que torpes nos engañan: Prefiero los silencios que ofrece la natura Á las malditas trases que los amigos lanzan.

Aquí todo es engaño. Los labios son serpientes Que al cuerpo anquilado se arrian y se enlazan, Pronuncian frases bellas y luego, miserables! Nos sacan á polizas retratos de la espalda!

Los calles con sus ruidos, los trances con sus lineas, Los hombres con sus aires melindros y forzados, Tan solo quieren, ¡malditos! matar las ilusiones Y extrañar la fortaleza que guardan nuestras almas.

Oh hermano, caro amigo, el odio á las ciudades Es tanto, como es vivo el odio á la venganza. En ellas jamás hizo la espada de los nobles, La audacia es la que hacia la vez de las espadas.

En cambio ¡cuan riesosa la vida silenciosa! Que tal, allá en los campos, separaciones pasadas! Podrás besar ¡poeta! el cáliz de las flores Y hablar con los cantos murmullos de las ruanas.

El céfiro callado tu frente soñadora Trá á besar cual becan los labios de las hojas, Y al rayo tremolante lanzado ¡oh! la jop. Sabrás formar un verso con rítmicas palabras.

Desahoga, del amigo, desahoga y no dejes Dejar esos rincónes callados de la paup; Impregnado de vida, impregnado de vida, Que una hora la vida es fuerza para el alma.

Buenos Aires. JOSÉ PARDO.

### Joyeles bárbaros

LA VEJEZ DEL SÁTIRO

Á José Parlo.

Pasando pensativo por sombras á oscuras, Que visten las floridas y raras astronomías, El Sátiro raduce de núbiles amores Fierzas en la rápida vida de las campañas.

Y yo pensar las Ninfas de escueta cabellera, De incensos mercedos y sangre incandescente, Brillando con su cuerpo la divina primavera Por esas calizas y cristalinas fuentes.

Y el Sátiro raduce, de besos humorales, Enrique apolline Ninfas, del Amor ¡qué me importa! Y ojalá la vida de las flores que en la vida A la vida de las flores que en la vida.

SONETO En 1891, cuando estaba esta misma circunstancia, decíamos: «La educación deficiente de los primeros tiempos, en que la enseñanza casi se con-

Muestran su sangre más enarvando que las magnolias. Los dos amantes su sangre manchan entre cofrades Los tres la noche ruda callada por los magnolias.

Ella, la amante De sangre roja como los sudos de las panteras, Beja el deseo que la fustiga rojo colorado, Y en un caparaso de amor lascivo, cual las panteras Tamblando el seno, seca la boca, brama convulsa.

¡Mujer! ¡Fuerzas! ¡Quién te dijera que aquella noche bajo la arada De las magnolias darías vida tal vez á un genio! ¡Quién te dijera, mujer lasciva, que de la arada De tu ignorancia negra saldría la luz del genio!

### EL PARAÍSO

Á Abraham Z. Lopez-Peña.

Bejo el pórtico inmenso y deslumbrante Del Alcazar Divino, el Ángel fiero Extendida la destra y centelleante El involado acero, Mostraba á la pareja maldiseida El rumbo ignoto de un ignota vida.

Velvó Adán la cabeza, y un instante La visión de la Dicha que pedía Para siempre, concibió sus angustias. Miró á Eva el rencor crispó su mano; . . . Y cuando descorrió en ella quiso No pudo realizar un intento insano. . . .

En los ojos de Eva, Adán había visto el Paraíso.

VICTOR PÉREZ PETIT.

### Escritoras uruguayas

DOLORES LARROSA DE ANSALDO

En la República Oriental del Uruguay, tan fecunda en preclaras y vigorosas inteligencias, no ha brillado, como debiera, con luz propia, en el zenit de las letras, la mujer literata.

«Es que la naturaleza no la ha dotado de talento ni amor al estudio? Por el contrario: entre nosotros es proverbial la inteligencia precoz y perspicaz que ella posee. — En la ardua carrera del magisterio, por ejemplo, lo ha demostrado acabadamente. — Brilla en su cielo como astro refrigente de primera magnitud y cuenta con educacionistas como María S. de Múnar, Adela Castell, Aurelia Viera, María Zavalla, Enriqueta Compte y Riqué, Victoria S. de Servino y Luisa R. Guarnaschelli, entre tantas otras que honran con su ilustración y sólidos conocimientos pedagógicos al personal docente nacional.

«Cuál es, entonces, la causa, — se dirá, — de que no haya figurado en los albores de nuestra intelectualidad, al lado de Francisco Acuña, Alejandro Magarinos Cervantes, Heracleo C. Pizarro y otros, en el país, y de Juana Manso y Juana Manuela Gorriti, en la Argentina. . . .

En 1891, cuando estaba esta misma circunstancia, decíamos: «La educación deficiente de los primeros tiempos, en que la enseñanza casi se con-



nos. — Sifrido y Crimilda precisaban un poeta. ....

El bardo pálido cantó, y los pueblos del Norte tuvieron su epopeya.

Hasta aquí los hombres no ansiaban un más allá; un más allá que calmara la sed de ciencia que sus mentes trastornaba.

«Nunca abandona la esperanza al loco soñador de quimoras. ...»

y el poeta no desfallécio: se alzó imponente, desplegando á todos los vientos la inmortal divisa, hallando en todas partes poesía, hasta hacer brotar de su germánica lira los acordes mágicos de la epopeya del presente.

Convértanse en prosa los versos del Fausto, y el filósofo surgirá luciente, magnífico. Reforzados con esos ejemplos más pobres argumentos, ellos adquieren su poquillo de lógica. De manera, pues, que la novela nueva la concibo novela *intencional*, porque siendo el poeta, como lo califica el autor de *Braha*, « un gesto de la doliente humanidad, » ha de luchar, por consiguiente, por una idea, por una doctrina, ya que no por una escuela. Pero teniendo al que *vendrá* por un apóstol amoroso y bienhechor, la *novela nueva* no *vendrá* á destruir ni menos á crear: ella tendrá la misma divisa del autor del *Waldenstein*, y al abrigo de ella, patentizará las exquisitices y raros pensamientos de los *sensitivos*, sin menoscabar los primeros de la belleza deleitable. Para concluir: la *novela nueva*, siguiendo mis teorías, vendrá á reconciliar á intransigentes y á ilusos. — Ya lo ha dicho V. — « el espíritu nuevo viene á secundar, á ensanchar, no á destruir. »

Y para acabar, también, con estos tíquis miquis en que me he metido, ó á qué más podré decir del libro de V. ....

Censurar, sería injusto. — Alabar, sería necedad: ya lo han hecho personas que, como *Clarín*, por ejemplo, valen mil veces más que yo.

No pudiendo, pues, ni elogiar ni censurar, sólo le pido éche al olvido estas insulsas elucubraciones.

José L. GOMENSORO.

### Un discurso escolar

Palabras pronunciadas en diciembre de 1886, en la adjudicación de premios de una escuela pública de la ciudad del Salto.

En épocas nefandas de corrupción, servilismo y decadencia, en épocas nefandas en que el vicio escarnece á la virtud y se burla de la honradez, en que el mérito y la inteligencia se relegan al olvido ó se desconocen, en que la injusticia se mofa de la justicia y se ríe á carcajadas del derecho, es muy halagador y muy grato asistir á fiestas de la naturaleza de la presente, en las que se premia la virtud y el mérito reconocidos, y se rinde fervoroso culto á la inteligencia en sus más brillantes y hermosas manifestaciones.

¡Que hermosas son, y qué bienhechora influencia ejercen en nuestro ánimo abatido,

estas fiestas que nos brindan la niñez y la inocencia!

En ellas desaparecen como por encanto todas las desigualdades que la loca vanidad y el loco orgullo de los hombres crean y mantienen de una manera permanente en el seno de las sociedades. Sí: Ante los sagrados y espléndidos altares de la diosa Minerva pueden doblar libremente sus rodillas todos los hombres de la tierra: desde aquel que habita en su modesto rancho, cuyo techo de totora besan y acarician los serenos y plateados rayos de la Luna, ó aquel cuya humilde cuna se balancea coigada de las ramas del ombú secular, en el que tiene su nido la calandria cantora, hasta aquel que viera la primera luz en rico y artesonado palacio, y que nunca conoció de cerca las desgracias de la miseria, ó los infortunios de la pobreza desolada.

De mí sé decir que estos hermosos torneos de la niñez se han conquistado — sin tener yo conciencia plena de ellos — más ardientes simpatías, razón que explica el que yo jamás niegue á ello aunque no tenga valor alguno, el pobre pero entusiasta contingente de mi oscura inteligencia.

Y cómo había de rehusar mi concurso á estas simpáticas fiestas, en las que la niñez parece entonar con entusiasmo y alegría un himno gigante y ardiente al ideal, por el que luchamos siempre en la tierra; á la felicidad, que nos parece atraer con su sonrisa mágica; y á la esperanza, que nos infunde, cuando el desfallecimiento agota nuestras fuerzas, y el abatimiento y el desánimo reinan en nuestra alma, nuevos bríos y alientos nuevos para luchar y vencer. ....

Cuenta la historia que las vestales mantenían en la antigüedad siempre encendido el fuego sagrado bajo las sagradas bóvedas del templo. La misión de la niñez es, en mi concepto, tan grande y tan santa como la de las vestales: ella conserva, incólume, sin mancha, dentro de las cuatro paredes de la escuela, la sagrada bandera del ideal, en cuyos pliegues luminosos se lee el porvenir, y bajo cuya sagrada sombra se arremolinan las ardientes y fogosas multitudes cuando se escuche sonar, impaciente, en el eterno reloj del tiempo, la hora ansiada de la felicidad de la patria bendecida, y de las grandes reparaciones nacionales!

¡Ah! Bendigamos con todas las energías del alma á la niñez que cumple con tan grande y tan santa misión; á la niñez, que no deja apagar la llama esplendorosa del ideal!

Cuando hago acto de presencia en estos festivos, donde todo es luz y color, armonía y belleza, mi alma se entrega á generosas expansiones, recobrando como por encanto su antiguo vigor y su vieja energía, y el espíritu fortalecido y armado de poderosas alas remonta el vuelo hacia regiones celestes y puras, donde no se escucha, turbando su majestad y su santidad, el rugido arrastrado del fiero huracán de las pasiones que, con su súpito terrido y mortal, todo lo envieneva, lo mata y lo destruye!

Y no puede suceder de otra manera!

La niñez con sus brillantes y soberanos atractivos ejerce mágica influencia en los que saben amarla y comprenderla! Las voces sonoras y llenas de armonía nos suenan al oído como voces de ángeles! El fulgor de inocencia y de virtud que irradian sus frentes puras y altivas hace nacer en nuestro espíritu la luz apagada de la esperanza y del ideal, que brota de entre sus cenizas como el Fénix que nos pinta la fantástica leyenda! Sus palabras, que revelan el ardor y el entusiasmo generoso de sus almas, tienen el raro y mágico poder de dar vida y lozanía á las tiernas ilusiones, que, cual inocentes flores que mata el huracán con su beso de muerte, se marchitaron al sentir el helado contacto de la realidad abrumadora. La intensa luz de su mirada parece encender de nuevo en nuestra alma la extinguida lámpara de la fe; de la fe que, cual ave de paso, huyó á otras regiones más propicias á construir su nido!

En fin, la niñez con su candor, con sus sonrisas que cautivan, con sus encantos que seducen, con sus alegrías que entusiasman, con sus bellezas que admiran y atraen, con sus miradas dirigidas siempre hacia el cielo, nos promete la dicha y la felicidad ó, nos infunde ardiente fe en el porvenir, y .... hasta nos hace creer en Dios!

Si estos torneos donde la niñez acude presurosa y llena de alegría á recibir la recompensa merecida á sus desvelos, el premio debido á sus esfuerzos, á su trabajo y á su inteligencia, cautivan tanto mi imaginación con su belleza, con sus encantos, con sus brillantes atractivos, y con su luz esplendorosa, mucho más lo pueden los torneos celebrados en el *Collegio Republico*, cuyo acto de adjudicación de premios acaba de tener lugar.

¡Ah! Existen momentos en la vida azarosa y agitada de los hombres que, por motivos especiales y por circunstancias determinadas, viven profunda y eternamente grabados en los apartados rincones de la memoria.

La vieja y callosa mano del tiempo inexorable que todo lo cambia, lo muda y lo transforma, no podría jamás borrar de mi memoria los días felices, las horas gratas de la infancia que, como las golondrinas del poeta, se fueron para nunca más volver, pasadas, entre el juego y el estudio, en el antiguo y querido *Collegio Inglés*, que todos vosotros recordaráis, y que estaba establecido en el mismo local en que la niñez celebra esta bella y simpática fiesta.

¡Qué momentos deliciosos aquellos en que, la inocencia pintada en la frente, con el corazón alegre y contento, con el alma llena de fe y de ardiente entusiasmo, cuando no conocía lo que es la infidelidad del amigo, lo que son las ilusiones marchitas, lo que son los sueños no realizados, lo que es la esperanza defraudada, lo que son el expecticismo y la duda, cuando todos los días, lleno de júbilo y de gozo, a aquella querida escuela, á buscar en sus aulas queridas la luz de la moral, y de la ciencia que luminase mi alma y mi cerebro entenebrecidos!

¡Cuán en este momento en que el recuer-

do hace revivir en mi memoria aquellos días de felicidad, de dicha y de alegría que nunca más volverán, exclamar, parodiando al insensado bardo:

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías De los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!

Si no tenís fe en mi palabra; si no creéis en lo que mis labios y mi alma os cuentan á vosotros en este instante, preguntádselo — que ellos han sido y son testimonios mudos y elocuentes de todo lo que dice el alma indiscreta — á aquellos árboles gigantes que adornan este recinto, y que tantas veces me vieron correr y jugar bajo su dulce y bienhechora sombra! Preguntádselo á la brisa suave y mansa que al nacer y al morir el Sol refresca este lugar, y que, después de agitar las altas copas de los árboles, descendía cariñosa á besar y á acariciar mi frente en el instante en que estaba profundamente entregado á la meditación y al estudio! Preguntádselo, por último, á estos viejos y queridos muros, cuyas grietas y hendiduras acaso guardan aún el eco débil de mi voz de niño; que han sido testigos mudos de mi afán por el estudio, de mis trabajos y esfuerzos escolares, y de mis crisis nerviosas en los momentos agitados del examen!

Si! Preguntad á ellos que quizás os digan al oído y en secreto todo lo que he dicho y siento mi alma!

En tanta la influencia que tienen sobre mí estas fiestas del *Collegio Helético*, en presencia de ellas va tan lejos mi imaginación en las alas del recuerdo, que me creo, en este mismo instante, completamente confundido con las alegres niñas que, hace cortos momentos, acaban de recibir el lauro que la diosa de la justicia sabe siempre discernir á la inteligencia, al trabajo y á la virtud.

Aunque encuentro placer en seguir departiendo sobre cosas para mí tan queridas, me asalta la idea de que vosotros estaréis ya ásumamente fatigados, y yo también lo estoy.

Voy por tal motivo á terminar, pero no sin antes dirigir á la distinguida directora de este importante establecimiento de educación, á sus ilustradas ayudantas y á sus inteligentes y estudiosas alumnas, la más sincera y calorosa de las felicitaciones, á la que se hacen con justicia acreedoras, por el brillante éxito de los exámenes de este centro de instrucción.

Y nada más que felicitaciones! No! Quiero también dirigir á todos ellos una palabra entusiasta de aliento que les sirva de poderoso estímulo, de acicate poderoso, para proseguir por la senda escabrosa en que se encaminan. Á las niñas, para que continúen iluminando su cerebro y su alma con los rayos esplendorosos de la ciencia y de la moral; á buscar en sus aulas queridas la luz de la moral, y de la ciencia que luminase mi alma y mi cerebro entenebrecidos!

en la inteligencia de los niños, en cuyas frentes de nieve está escrito el porvenir brillante de la patria, sabios y sólidos principios y edificantes ejemplos de virtud: de esta manera se conquistarán las simpatías y la eterna gratitud de la sociedad entera.

HERNANDO C. NUÑEZ.

Salto, 1886.

### PUNTOS SOCIOLOGICOS

#### CRITICAS MENUDAS

Habiendo leído las crónicas sociales de unas revistas, ocurriésem discurrir brevemente sobre costumbres de la sociedad contemporánea, trazando estos esfumos rapidísimos ó impresiones sueltas, que inmerecidamente llevan por título puntos sociológicos, y, que sin duda alguna, no resultarían ni medio humorísticos, ni con la sal y pimienta necesarias para no salir una purísima sosefía; ni mucho menos serán una página que recuerde á Peladón, el exaltado y excéntrico retratista de la sociedad parisiense, al tratar de bosquejar mi pluma, del modo más fil posible, el símil de los ilustres varones de la moda de hoy para hacerlos resaltar vivitos y cantando con sus rasgos característicos y típicos: En este mundo crítico y burlón, medio mundo crítico al otro medio, la mitad ríe de la otra mitad, y viceversa: verdad pura y lógica, que prueba que criticamos y reñimos unos de otros, todos los seres racionales esparcidos sobre el orbe entero. ... Comedia universal que por doquiera asoma con sus risas, sus burlas, sus murmuraciones, sus críticas menudas: entre las relaciones íntimas, las de calle ó de simple saludo; bajo el techo del teatro, del club ó del café, entre los amigos y meros contortulios. ... ¡Acaso no existe abierta una lucha de continua hilaridad y burla entre los rutinarios bandos de: casineros y caramboleros de las salas de billar y entre los diversos grupos que se dedican á otros juegos? ... Los ilustrados y sociales, los desapañados de todo juego, no se reñen acaso, y más, no se compeñen de los jugadores que rodean la mesa del *golfo* ó *bacará*, casi siempre unos zotes ó infelices, incapaces de tratar más cuestiones de ciencia ó inteligencia que las cabalas de la jugarreta? ... Sí, se reñen á carcajada corrida, á veces con lástima, otras con rabia, porque da verdaderamente coraje ver cómo malgastan casi siempre tiempo y dinero tales jugadores, empedernidos y retrógrados, que se adhieren al tapete verde como la almeja á la roca. .... Distingáse de éstos á los que toman en sus manos un naipe ó apuntan unas fichas por puro pasatiempo, ó por extirpar un acceso de *spleen*. ... Sí, todo es risa, risa y murmuración en el mundo en que andamos. ... Cada cual mira mal al prójimo y habla peor á sus espaldas, mientras que por delante le enseña la sonrisa en los labios. ... El templario, el que por costumbre ó imposibilidad física del estómago bebe con fruición su copa de agua, mira con ojos de oro lo que su sabo-

rean un vaso de *Abrax* como si fuesen agua pura. El infeliz que no fuma, ríe con los labios y en su interior se pone hecho un basilisco contra los que profesan el sagrado culto del cigarro y echan verdaderas trabas de humo por boca y narices, con el supremo placer de los dioses. ¡Oh! qué goce sublime es el fumar, para el fumador de verdad, auténtico, que fuma por verdadero vicio, diré así, y no para el que simplemente chupa tabaco y expele humareda. En este mundo, pues, ríe ó critica, rabia ó murmura el ilustrado del incipiente, el ensaño del necio ó tonto, el cétibe del casado y vice-versa, continuando así, hasta el amigo del amigo, el compañero del compañero, y aun el tonto del tonto. ... La murmuración ó el chisme que trae aparejada la desunión, indefectiblemente, reina entre los que se titulan amigos, siendo la causa primordial el cabecear del grupo, un hombre malo con costra de bueno; uno intrigante, un adúltero, farsaco, envidioso, autoritario, supeditador de voluntades, á quien los débiles ó hipócritas se le someten pasivamente y los enérgicos ó independientes se les separan. En el cisma de la amistad, en la mayoría de los casos; su imposición ó mando para manejar á hombres de carne y hueso como á hombres de goma, é imponer voluntades ajenas en la vida social, lo mismo que á mujeres ó niños en la doméstica. ... Y, hasta obtienen reparo, descendiendo á lo más baladí del detalle, los que visten á la buena del sastré, que no es muy grande; y son el házmerfer de la buena sociedad, elegante, culta sociedad, los que en un salón de recepción ó baile, del brazo de una señora ó señorita, le hablan casi á gritos de caballos, del color, del frío, de la lluvia, del sol, del tiempo bueno ó malo, y de cuantas fruslerías y tonterías pueden venir á las mentes de un zafio! Tales típetes ó zoquetes abundan muchísimo en el mundo llamado social. ... Pobrecitos ilusos, infelicitísimos, desgraciados, — no crítico, soy veraz, — los cuales, casi siempre sólo tienen por fortuna unos padres ignorantes, y ricos quien sabe á costa de cuantas privaciones y ... humillaciones. ... ¡Pobres! qué lástima dan! ... Por lo general los envían al extranjero, á Italia ó Francia, á instruírse, é ilustrarse, como si lo de instruírse é ilustrarse fuese un bien común! Y vuelven al país natal pócrholis como vuelven: más desinstruidos que un par de botas inservibles y más incultos que una guardia civil. ... Ni el propio idioma saben hablar ya, mejor dicho lo hablan peor que antes, desastrosamente, y con galicismos, por añadidura, único fruto logrado en su viaje instructivo é ilustrativo por el viejo mundo. No obstante, regresan inflados como globos. Son los *hombres-globos* de que habla el ilustre crítico Larra, con la rara excepción de que éstos son originarios del *hombre-sólido*, ó mejor dicho, *hombres-sólidos* con exterioridades de *hombres-globos*: ó sea, el *hombre-coquete* desarraigado del terrño, rodando en el espacio donde gravitan los *hombres-globos* verdaderos. ... Preséntanse en sociedad y les toca hacer el papel más ridículo y triste entre los otros que no han pisado otro suelo que el nativo y que, sin embargo, poseen ilustración me-

diosa y completa, la suficiente para avergonzarnos de su perfecta insociabilidad y manifestada incipiente, tratándose de artes o ciencias sociales... Trasmundantes viajeros, nos alejan con las anecdóticas de su carrera de viaje y las esporádicas descripciones de su vida rutinaria por el extranjero... Pasear embolados por las calles y playas; visitar sitios comunes (interprete como se quiere); gastar dinero sin tasa, mirar sin ver; correr aventuras, a lo más; estudiar, ¡bah! meterse en cualquier instituto y sacar de sus aulas lo que el negro del sermón... ilustrarse, si por casualidad sus ojos tropiezan con algo histórico, científico ó literario, esa es su vida... Después, fastidiados, tal vez nostálgicos de las ignorancias y solturas del terruño natal, dicen, a tu tierra grullo... Y vuelven, ya se ve cómo y para qué... A ridicularizarse más perfectamente, pues hasta entre las mujeres sacan nota alta como gazaños. Son tímidos y encogidos entre ellas, y además saben también a menos... Y lo peor es que son enormemente sensitivos, tan tiempos de corazón como duros de mollera, y se enamoran irremediablemente con locura, por cualquier cosa de mujer y una coquetuela cualquiera le engaña verdadera y sinceramente, por amor al vil metal de su padre... Llego el colmo de su desgracia, para ellos una suerte, á descubrirse la falsedad, y ¡nadá se desentenden, siguen fieles como lebranes, al objeto que los engañó; mas por otra fortuna de ellos, raro es el animalillo con tantas que agnanta: tanta zotería, y en hora buena ó en hora mala para el fanalillo, empalagada al fin con el viviente promotorio de ignorancia y de dinero, lo desengaña: mal que le pese al infelice que, mohino, alcaído, escribe al objeto de su forzosa decepción una carta con ortografía de un mozo de cordel, en la cual le pide sus dádivas... ¡Claro! Á fuerza de dádivas, imán que usan los tontos, se atraen el cariño de la mujer... Después se echa en brazos de otros amores, con los mismos resultados... Calabazas... Recorre toda la escala social, y concluye por ofrecer sus amores á una corsetera, encajista, guitería, ¡qué sé yo! siempre alcanzando el mismo fin... ¡Calabazas y más calabazas!... Entre los amigos, no es más afortunado el pobre rico... en dos palabras queda referida su historia: gasta dinero espléndidamente con ellos, les hace préstamos y regalos; con algunos la fortuna es común, les lleva al teatro, les pasea en carruaje, en caballo, les invita á comer... Total después, esos mismos amigos, entre los cuales forzoso es contar alguna honrosa excepción, dicen sueltas de lengua... Es un liso, un zote, un idiota y adelante con los calificativos honorosos... ¡Amigos! No los hay, no los ha habido nunca... El que me sostenga lo contrario, ¡juente!... Es decir, los amigos ideales que se ambicionan... Vanidad, egoísmo, interés, adineración, formas, farsas, deslealtades, he ahí los componentes de *hombre-amigo*, casi siempre... ¡Amor! ¡Ah! buena palabra para los tontos; y que sólo para tontos puede existir como una realidad, esa quimera, esa tontería del genero humano... ¡Qué hay en el pensamiento de la mujer!... Ilusio-

nes, humo, fantaseo... Y el corazón, ¿qué es? Nada, nada más que una veleta que gira con las ráfagas de los caprichos é inconsciencias, del *feminismo* de todos los tiempos... Y volviendo á los seres titulados «gente de moda» sin meterme á crítico mayor, sólo me limitaré á bosquejarlos lo más gráficamente posible. Son unos gárrulos de cerebro vacío, y no ofendo á nadie porque es lo cierto— salvo excepciones, tan inútiles á sí propios como á la sociedad que les dispensa la gracia de vivir en ella, incapaces para emitir frases coordinadas; nulos completos para los actos que revelen sentido común; cuyos méritos intrínsecos son los de vestir frac, calzar guante blanco, lucir sus figuras de actualidad en la moderna indumentaria y exhibir su crásima zoncera en los teatros, salones, partes, *sports*, preciándose en todas partes de aristócratas... Como si aquí hubiera más aristocracia que la del dinero, ni más sangre azul que la inculada por los acreedores pertinaces y majaderos,—ogros detentadores de la *gente bien*—*Gente bien* he dicho! He ahí un modismo general hoy día, cuya acepción, á mi humilde entender, debe simbolizar en el género masculino al varón honorable, perteneciente á familia de posición honesta, ó al ejemplo de honradez, decencia, talento y todo para ser bien conceptuado en sociedad, sea su cuna pobre ó rica, tenga humos de aristócrata ó condiciones democráticas sociológicas ó morales! Infelices por los cuatro costados, que como ilustrados, sólo se solazan á lo más con librerías de Ohnet, Theuriot ó Dumas y otras del mismo bajo precio literario. Una página sencilla y amena de Rueda, Valera ó Gaspard nos fastidia hasta el bostezo; las sobrias y humanas lecturas de Tolstói, Maupassant ó Turguénief, son cosas imposibles para ellos. Á la primera línea *¡vaya!* arrojan el libro lejos de sí, declarando que no vale para entretener; sin alcanzar á dilucidar, que es su propia impotencia intelectual y falta de gusto literario, la causa, única causa, que rechaza tales obras y todas las que se hallen á tal altura. Y es así que rechazan á Bourget, el preclaro psicólogo, á Daudet el humano, el sentimentalista, supremo de la novela, á Pereda, el eminentísimo novelista y castizo escritor, á Galdós, el grandioso documentista humano, Palacio Valdés, el notable crítico y novelista, á Pardo Bazán, eximia crítica, historiadora y novelista, á De Amicis, el sentimental y dulce novelador y articulista, por citar los más conocidos escritores contemporáneos franceses, españoles é italianos. He ahí lo que son capaces de ignorar esos tales jóvenes de salón. Sus garfiterías nos causan el mismo efecto que el que causa á un lector de buen gusto un libro elegantemente impreso, nítido, fresquito y acabado de procrear por el intelecto de un contemporáneo de las letras, y cuyas primeras páginas le resultan huera, desprovistas en absoluto de gracia, discernimiento y de la cultura y emoción artística que debe resaltar de lo real. El bote casi nítido, quedaria leyendo ese adeseño sin la menor partícula de fósforo cerebral, no sena tan

grave como el desmayo que nos producen estos jovencitos tan llenos de actividad como de ignorancia. Y notando que esto ya pasa de punto, doy punto final á estos apuntes que, si no son crítica verdadera, en cambio son la expresión de la verdad.

PABLO C. MIRANDA.

«Sobre lenguaje»

S. D. Carlos Martínez Vigil  
Montevideo.

Mi distinguido señor i amigo, leido su folleto intitulado «Sobre lenguaje», ke se sirbio remitirme con fina de likitaria ke me outra i ke en mucho estimo, kon todo el interés ke merezen sus atinadas obserbaziones sobre la korrekzion del idioma.

Ojalá siga usted en la probchosa tarea de atakar lo bizioso de nuestra lengua; ya ke kuenta kon basta erudizion i kon intelijenzia libre de prejuizos.

Le saluda muy atentamente su agradezi-do admirador i serbidor inkondizional,

KARLOS KABEZON.

Balparaiso, 30 de Noviembre de 1867.

Señor don Carlos Martínez Vigil  
Montevideo.

Muy estimado señor y amigo: He recibido su opúsculo «Sobre lenguaje», que he leído con verdadero placer. Mucho podría escribirle sobre él, pero desgraciadamente las ocupaciones de mi cargo, muy numerosas en vísperas de exámenes, y el trabajo de cuatro obritas de lectura, me impiden por ahora dedicarme á tan agradable tarea.

Á los ejemplos aducidos por V. para probar que la incorrección del *cuyo* se encuentra en autores de nota, podría yo agregar hasta una docena de ejemplos tomados de los clásicos españoles.

Supongo que no será este precioso estudio gramatical el último que salga de su pluma; por lo tanto, espero tal ocasión y la llegada de las vacaciones para dedicar á sus obras algunos articulejos.

Por este correo le remito algunas tonterías escritas de los veinte á los veinticuatro años. Juzgue V. cómo serán. Si V. las juzga indignas de publicarse en la REVISTA NACIONAL, le suplico me las devuelva por correo, pues no conservo copia alguna. Al enviárselas sólo quiero demostrarle mi buena voluntad, y que si no le he remitido algo más serio y mejor escrito, ha sido á causa de la vida ocupadísima que llevo de tres años acá.

Mande como siempre á su afmo.

S. S. y amigo  
CARLOS GAGNINI.

SAN JUAN DE LOS RIOS, 11 de Septiembre de 1867.

Señor don Carlos Martínez Vigil  
Montevideo.

Distinguido señor: Recibo, por intermedio del señor Rivet, director de «La Opinión», el muy valioso recuerdo suyo: «Sobre lenguaje». Me apresuro á agradecerlo á V. y lamentado haberlo recibido tan tarde, pues casualmente habia escrito un artículo sobre el folleto de Palma — que ha dado origen á su interesante trabajo — y acaba de aparecer publicado en «La Ilustración Sud Americana» número de noviembre 16 y diciembre 1.º, ppda. No tengo á la mano, por desgracia ejemplar alguno de esos números, pero si le fuese á V. difícil procurárselo en esa — donde entiendo que dicha revista circula bastante — sírvase avisármelo y vendré si la administración quiere desprenderse de algún número suelto.

Con este motivo, me permito rogarle me considere como á su muy afmo. S. S.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires.

«SOBRE LENGUAJE»

Folleto gramatical que acabamos de recibir, con atenta dedicación de su autor, don Carlos Martínez Vigil, catrático interno de gramática castellana en la Universidad de Montevideo, joven literato de correctísima dicción, de brillantes orientaciones en este proceso de las letras americanas, que él, en unión de los muy distinguidos escritores de la REVISTA NACIONAL, enaltece é ilustra en el extremo meridional del continente.

Ha escrito un folleto *Sobre lenguaje* el señor Martínez Vigil, á propósito de la obra *Neologismos y americanismos* de don Ricardo Palma, y condensa la intención de las apuntes que á la obra citada hace, en un párrafo tomado del joven literato chileno don Miguel Luis Amunátegui Reyes y que encabeza como epígrafe las disertaciones, del autor del folleto de que damos cuenta.

Luchador de viriles energías Martínez Vigil en la prensa del Uruguay, leal á la fe de su escuela literaria, instruido profundamente en cuestiones que á su actual profesorado competen; disimula su prosa sonora y brillante la natural aridez del asunto que en su publicación debate, y hace amenas, sobre galanamente austeras, las disquisiciones filológicas en que se ha comprometido.

Protesta contra el exclusivismo de los que intentan ceñir en fétidas prescripciones la *factura* del idioma á mérito de consagraciones y de tolerancias vinculadas en indicables y nunca discutidas autoridades; pontificados que repugnan á la condición de vida, de organismo, característica de una lengua; sujeta, por tanto, á progresos evolutivos, á transformaciones que llevan el perfeccionamiento, ó cuando no, la necesidad de nuevas expresiones que piden con perentorio reclamo los pensamientos, las ideas y las tendencias nuevas.

Y previene el autor que no se funda su opinión en prurito de innovaciones, ni se

crea, si juzgarla, que ha de irse hasta el extremo de crear á tuertas y á derechas nuevas palabras para designar objetos que ya tienen su expresión precisa, lo que agusta el oído de gusto y de educación literaria, cuando no prueba palmar de punible ligereza; Severa y bien comprendida justicia, é invariable observancia de toda ley, en asuntos de lenguaje, como en asuntos de Estado, es lo que solicita y defiende el joven escritor y catrático.

No es excusa que el delito resida en regiones eminentes ni que honorable é ilustre fuese el delincuente para que el fallo se desvíe de su cabeza y de su crimen: Un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas; no cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido una, diez, cien veces. Bato no prueba otra cosa que su generalización.

Llama el joven autor á la discusión á los hablistas que apoyan á don Ricardo Palma con la autoridad de sus obras, para señalar en ellos por donde va el camino del buen consejo y cual es la ruta que enseñaron y que á pesar de la respetable indicación debe desecharse como vedada á la marcha desembarazada sobre segura y saludable del idioma... «No nos ciegue el respeto á lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mequinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinito contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos á los padres de familia que se esfuerzan en legar á sus hijos mayor patrimonio que el que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios á los labios de la posteridad.»

Creo Martínez Vigil que agradeceremos sinceramente el obsequio de su opúsculo y la muestra de aprecio literario que contiene su dedicación.

«El Ojo Ilustrado, Caracas.»

Hemos recibido cuatro números de la importante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES que se publica en Montevideo, dirigida por cuatro jóvenes de indisputable talento, doctor Víctor Pérez Petit, doctor Carlos Martínez Vigil, José E. Rodó y Daniel Martínez Vigil. Acompañan á estos ejemplares una obra importante sobre lenguaje debida á la pluma del doctor Carlos Martínez Vigil, espíritu selecto que se ha distinguido en el manejo del difícil tema que ha abordado con una competencia indiscutible.

Al agradecer el obsequio y la fina dedicación con que vienen precedidas estas páginas, prometemos, una vez leídas con tiempo, ocuparnos en ellas con el estudio y la meditación que el caso requiere.

(Buenos Aires, La Plata)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

RELACIONES DE FRASES Y CONSTRUCCIONES EN LA VARIANTE DONCEPUCÓN (Chile), 1866.

El señor Clemente Barahona Vega, lento escritor chileno que á las saturadas dotes de su privilegiado espíritu une los méritos de una laboriosidad y una constancia estudiosa que mucho le enaltecen, nos envía un ejemplar de esta interesante colección de artículos.

Pertenecen todos ellos á la serie de estudios paremiológicos que desde hace largo tiempo prepara el distinguido escritor, estudios que serán coleccionados, cuando los complete, en un grueso volumen que llevará el título general de *Refranero*.

El señor Barahona publica ahora separadamente los artículos comprendidos en *Hilachas de frases*, porque, por su extensión y por el género de observaciones con que se relacionan, se apartan un tanto de los demás y forman un conjunto uniforme.

Las *cuentas del Gran Capitán* — primero de los amenos escritos coleccionados — mereció á su autor una honrosa carta del ilustre general Mitre, cuando fué dado á la publicidad por primera vez, en la *Revista Militar*, importante publicación chilena. — Después de referir los hechos históricos en que toma su origen la frase proverbial que sirve de título al artículo, cita el autor, por vía de antítesis ó contraste, algunos honrosos ejemplos de probidad y desprendimiento de los próceres de la historia de América. Don Joaquín Suárez está comprendido en el número de los que dan motivo al paremiólogo chileno para narrar anecdóticas que halagan la altivez patriótica de los americanos.

La *Vida es sueño* — segundo artículo de la colección, — da cumplida idea de las dotes de amenidad, donosura y elegancia de la pluma del señor Barahona.

Iguales dotes lucen, en mayor ó menor proporción, en las páginas que siguen. Cualquiera de ellas podría exhibirse como prueba del feliz talento del autor y de su habilidad para sazorar el pensamiento sagaz y la observación penetrante con el interés y la gracia del relato.

La abundancia de la erudición del señor Barahona y su proflijidad de citas, nunca llegan á hacerse pesadas para el lector. Es un elogio que no sería fácil hacer con justicia á la gran mayoría de los escritores que cultivan temas de la naturaleza de aquellos á que se dedica el joven literato chileno.

No es, ciertamente, el fecundo amor al estudio y á las aplicaciones serias del espíritu, el rasgo dominante en la fisonomía intelectual de la nueva generación americana. Por eso, es tanto más digno de elogio el esfuerzo de los que, como el señor Barahona, no temen arrostrar la general indiferencia por todo aquello que se aparte de una frívola amenidad, haciendo obra sólida y duradera. Lo es, sin duda, la del autor de *Hilachas de frases*, por cuanto tiende á esclarecer y ordenar el atrasado estudio de la paremiología americana y española.

Esperamos con verdadero interés la apa-



# HELTOS

El mismo poeta nacional el doctor San Martín anuncia en carta que escribirá en breve un detenido estudio sobre la vida nueva de nuestro país. José Enrique Rodó y las ideas que informan ese opúsculo.

Reyes publicará muy en breve una réplica á don Juan Valera, con la que tiene, como es sabido, una interesante controversia sobre cuestiones de mismo literario.

El mismo novelista activa, al mismo tiempo la preparación de su tercera. «Acaba de publicar por el establecimiento de Dornaleche y Reyes.

do Díaz, el celebrado poeta argentino que desempeña actualmente el cargo de la vecina república en Suiza, ha sido á la REVISTA NACIONAL fa- en adelante con su colaboración en la publicación las que den á co- nuevos trabajos literarios del re- tor de *Bajo-relieves y Poemas*.

de la *Inquisición en Lima* se titula libro del popularísimo escritor don Ricardo Palma.

LA REVISTA NACIONAL le consagrará en su bibliografía la atención que

recibido un ejemplar del «Alma- *Vida Social* para 1898», aparecido en Buenos Aires, bajo la dirección del señor Adolfo Orguelt.

En las mejores condiciones artísticas de esa obra y su ameno material literario, recomendamos á una sincera recomen-

amos al señor Orguelt nuestros agracia- y nuestros plácemes por su *Almanaque*.

Recibo de la circular que nos ha sido dirigida por la Secretaría del IX

Ciudad de Buenos Aires, 15 de Mayo de 1898.  
El Sr. Ministro de la Gobernación, Sr. D. José de la Cruz, me ha honrado con el honor de haberme admitido á formar parte de la Comisión que se ha formado para estudiar los trabajos de los autores que han publicado en los interesantes estudios de *Historia y Demografía*, según el buen éxito.

«Los trabajos de propaganda y organización, al cargo de una Junta presidida por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, están muy adelantados. Impresos ya en cuatro idiomas los Programas y Reglamentos del Congreso y de la Exposición anexa, han comenzado á ser repartidos y circulados por todas partes; préparase la lista de festejos, recepciones y excursiones científicas y de recreo; efectúanse las obras necesarias en el Palacio de la Industria y de las Artes, cedido por el Ministerio de Fomento para sitio donde han de celebrarse las sesiones de la Asamblea á instalarse las secciones de la Exposición; anúnciase la venida á España de numerosos y distinguidos hombres de ciencia extranjeros, y todo hace creer que la reunión del IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía no ha de desmerecer de las anteriores.»

*Atlántida* se titula una nueva revista literaria que ve la luz en Buenos Aires bajo la dirección del conogido escritor, don José Pardo.

Los tres números que de ella han aparecido contienen notables trabajos de escritores de la reputación de Gómez Carrillo, Darío, L. Lugones, Jaimes Freire, Díaz Romero, Berisso y otros muchos.

Deseamos á la nueva revista toda la prosperidad de que es merecedora.

Leemos en la «Revista Crítica» de Madrid: «Conforme anunciamos en nuestro número de enero, se ha representado en París la comedia *San Gil de Portugal*, arreglada por Alfredo Gassier.

Á propósito de esta representación han discutido los críticos acerca de varios puntos relacionados con nuestra literatura dramática antigua y su introducción en Francia; siendo punto central de estas discusiones el folletín en que Sarsey redacta la crónica teatral de *Le Temps*.

Un escritor, Mr. Vergniol, dijo en un artículo que el original español del *Cid* nunca ha sido traducido al francés. Contra este error reclamaron, en primer término, E. Gassier, citando la traducción de Beaumelle (1823) y luego M. Lucas, recordando los estudios de su padre, el crítico Hipólito Lucas, acerca del Teatro español. La carta de M. Lucas (hijo) la ha publicado Sarsey y nos complacemos en ofrecerla, traducida, á los lectores de la «Revista Crítica.»

El Sr. Ministro de la Gobernación, Sr. D. José de la Cruz, me ha honrado con el honor de haberme admitido á formar parte de la Comisión que se ha formado para estudiar los trabajos de los autores que han publicado en los interesantes estudios de *Historia y Demografía*, según el buen éxito.

«Los trabajos de propaganda y organización, al cargo de una Junta presidida por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, están muy adelantados. Impresos ya en cuatro idiomas los Programas y Reglamentos del Congreso y de la Exposición anexa, han comenzado á ser repartidos y circulados por todas partes; préparase la lista de festejos, recepciones y excursiones científicas y de recreo; efectúanse las obras necesarias en el Palacio de la Industria y de las Artes, cedido por el Ministerio de Fomento para sitio donde han de celebrarse las sesiones de la Asamblea á instalarse las secciones de la Exposición; anúnciase la venida á España de numerosos y distinguidos hombres de ciencia extranjeros, y todo hace creer que la reunión del IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía no ha de desmerecer de las anteriores.»

Desde el número de esta REVISTA NACIONAL modificadas las condiciones materiales y aparecerá en la forma adoptada universalmente por las principales publicaciones de su índole.

Su publicación será mensual y cada número constituirá un opúsculo de 64 páginas del formato de la REVUE DES DEUX MONDES y de LA ESPAÑA MODERNA.

El presente número cierra, por el tomo tercero de la publicación, cuyo índice y portada serán repartidos á los suscritores conjuntamente con el próximo número de la REVISTA.

Nuestros favorecedores sabrán seguramente apreciar la importancia de esta mejora, que puede de manifiesto nuestro constante afán de hacerla cada día más digna del crédito de que goza dentro y fuera de la República.

